

quecida mano del anciano, que salia de entre una nube de encajes y batista: la besó dos veces con infinito amor, y despues, apoyando en ella su frente, aquel hombre tan fuerte, tan severo, rompió en amargos sollozos.

VII.

Niña mia, si eres una inocente lectora la que tienes mi libro en la mano; niña mia, ¿has visto alguna vez una pequeña aldea de esas que parecen una paloma blanca que ha detenido su vuelo en medio de los campos?

¿Verdad que es bonita la vista que presenta á las diez de una mañana de Febrero, cuando ya el sol calienta las secas ramas de los árboles y los pajaritos se posan en ellas cantando con alegría?

¿Y sabes tú lo que canta la alada tropa? ¿No? Yo te lo diré: yo, que he amado siempre mucho más el campo que las ciudades, y que he sido amiga, desde que nací, de los pajarillos.

Quando yo era niña pequeña, y aun cuan-

:

do era como tú una alegre y sonrosada adolescente, iba por el invierno todas las tardes á la orilla del río á llevar trigo y pan á los pajarillos que se morían de hambre en los árboles cubiertos de nieve.

El río estaba tan helado que parecía de cristal: sobre sus ondas inmóviles y congeladas dejaba yo mis provisiones, y los pájaros y las palomas torcaces bajaban gozosos á disfrutar del abundante banquete que yo les había preparado.

Luego se marchaban cantando:—¡gracias, gracias! ¡Ya hemos comido hasta mañana!

En los días que salía el sol, me ponía yo mi manteleta de pieles y me iba temprano á disfrutar á mi vez de la alegría de los pajarillos como de un banquete para el alma; ellos exhalaban su gozo con armoniosos trinos, en los cuales yo entendía estas palabras:—¡venid flores, venid! ¡venid, hermosos días de la primavera, á vestir á los árboles sus ropajes verdes!

Estas mismas palabras cantaba la alada tropa en la mañana del día primero de Febrero: danzaban los gorriones de rama en rama dándose picotazos, sobre si tú has desentonado, ó si canto mejor yo, y la Go-

londrina, como de la familia, los miraba riéndose á carcajada llena y con la mayor franqueza.

La alegre niña estaba tan embebida viendo los bailes de sus hermanos los pájaros, que no oyó unos pasos que sonaban á su espalda y que venían de la aldea, que, cual una ánade saliendo de su nido, se elevaba á lo lejos con sus casas desiguales, de cuyas blancas chimeneas salían columnas de azulado humo.

De repente un tremendo pescozon la hizo retroceder algunos pasos, y la pobre niña adivinó, sin volverse, quién era la persona que la saludaba de tan brutal manera.

Perucho, el pastor que la había recogido de entre las peñas, la había visto salir de su casilla de madera, y la había seguido para castigarla por su poca afición á estar en casa.

—¿Qué haces aquí, picarona? le preguntó el pastor, que era un hombre de fisonomía desagradable y casi idiota: ¿así se gana la vida? ¿Crees acaso que eres alguna señorona como las del castillo, que no tienen más que hacer que comer y pasearse?

—Es que, mi amo, iba al castillo á ver si

me daba de almorzar el tío Juan, respondió la muchacha, que se había recobrado de su susto y desviándose con temor.

—¿No tienes pan en casa?

—¡No me gusta el pan negro y áspero que V. come!

—Te saben mejor los trozos de carne y el pan blanco que te da ese viejo loco de cocinero, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues yo te enseñaré á que te contentes con lo que como yo; y aun eso es demasiado bueno para tí, ¡galopina! ¡A casa!

Y Perucho acompañó estas palabras con tan tremendo empujón que hizo correr tres ó cuatro pasos á la niña.

Esta emprendió el camino de la aldea, y llegó con Perucho á una casilla de paja y tierra que habitaba el pastor á la entrada del pueblo.

Perucho siguió su camino hácia Toledo, donde vivía su amo.

La pobre Golondrina se sentó sobre el fogn de yeso que había en la mísera y pequeña cocina, situada al nivel del patio, y se puso á llorar.

Había en aquella criatura algo de noble

y decente que chocaba en su miserable estado, y que le hacía huir con horror de la habitación y de la presencia del pastor.

Rosa correspondía bien á su dulce nombre; era alegre, bonita, y tenía un perfume de nativa y exquisita delicadeza.

Amaba el castillo, aunque no conocía de él más que á los habitantes de la cocina: los de las antecámaras eran ya para la pobre niña sugetos de demasiado elevada gerarquía.

En cuanto al duque, á sus nietas, al doctor y á las dos huérfanas, solamente los había visto cuando se paseaban por los campos, ya á caballo, ya á pié.

Es verdad que la buena, la dulce Sidonia y la graciosa Victorina la besaban cuando la veían sentada en algun sendero ó corriendo detrás de los pájaros; y aun hubo una ocasión en que Sidonia la llamó desde lejos, la abrazó y le puso en la mano un cucurucho de dulces atado con una cinta de color de rosa como sus mejillas.

Desde aquella tarde guardaba Rosita una tierna é imborrable memoria: excepto las caricias algo rudas de la buena Francisca, ninguna otra había recibido en su vida.

Algunos minutos hacia que Golondrina

lloraba con su rosada carita cubierta entre los mezquinos pliegues de su delantalillo, cuando se oyeron pasos precipitados, y una mujer bastante obesa entró en la cocina.

Golondrina descubrió su semblante y miró sorprendida á la recién llegada.

Era una mujer de cincuenta y cuatro á cincuenta y seis años, sana, encarnada, y vestida con mucho aseo.

Una falda algo estrecha de cúbica color de pasa, un jubon de merino negro y un pañuelo de estambre á cuadros azules y verdes, componian su traje.

Llevaba en la cabeza otro pañuelo de seda oscuro, y un ancho delantal azul cubria una gran parte de su vestido.

—Hija mia, dijo acercándose á Rosita, hija mia, dime, ¿no está Perucho?

—No, señora, contestó la niña; ahora se ha ido á la ciudad.

—¡Oh, Dios mio... qué desgracia! exclamó con angustia la recién venida.

—¿Pues qué pasa, doña Mónica? preguntó Golondrina, cuyas lágrimas se secaron al instante, gracias á esa inestabilidad de impresiones tan propia de los niños.

—¿Qué pasa? ¡ay, hija mia, que el pobre enfermo se va á morir sin tener ni médico ni sacerdote! exclamó doña Mónica, de cuyos ojos saltaron algunas lágrimas.

—¿Y qué deseaba V.? preguntó Golondrina.

—Deseaba que Perucho hubiera ido ahora mismo al castillo á buscar á mi hermano para consolar á ese pobre jóven que se muere.

—¿Qué, tan malo está el pobre señorito á quien yo acompañé?

—¡Te digo que se muere!

—Entonces voy yo misma al castillo; dijo la niña, llevada por el ansia de ver á sus amigos, los de la cocina, y tambien por su carácter complaciente.

—¿De veras, hija, vas tú?

—Sí, señora; y correré cuanto pueda.

—¡Qué buena eres!

—¿Á quién le digo que venga, al señor cura ó al señor médico?

—¡Si pudieran venir los dos! Pero estando tan malo el señor duque, D. Venancio no se apartará de allí: además, el señor marqués, marido de la señorita Constanza, dicen que está muy malo tambien; pero

yo te estoy entreteniendo... anda, hija mia, anda, y al menos trae á mi hermano contigo.

Golondrina no quiso oír más: echó á correr como una corza; y doña Mónica, despues de dejar entornada la puerta de la casilla de Perucho, con esa confiada buena fé de los pueblos, se volvió á la suya, situada á corta distancia.

Es San Simon un pueblecito tan pequeño como alegre: el sol bañaba con sus rayos ya tibios los campos, húmedos por las lluvias de los dias anteriores, y la tierra se entreabria como gozosa de recibir aquel calor vivificante.

Delante de las puertas de las casas se veía sentada la parte femenina é infantil de las familias, pues la varonil se ocupaba de los trabajos del campo.

Todas aquellas gentes saludaban con cariño y respeto á doña Mónica, hermana de su virtuoso párroco, y no menos virtuosa y caritativa que él.

—¿Cómo está ese pobre jóven? preguntó una labradora que, sentada delante de la puerta de su casa, peinaba á una niña pequeña.

—¡Mal, hija, muy mal! contestó la hermana del párroco con tristeza.

—Y si no fuera por V. y el señor cura, doña Mónica, ¿qué seria de él?

—¡No lo sé, hija, no lo sé! Pero nosotros somos muy pobres, y te aseguro que no sé cómo le hemos de seguir dando lo que le hace falta. ¡Infeliz jóven! ¡Solo por él lo siento!

En aquel instante se oyó una alegre y robusta voz que venia cantando por un sendero inmediato, y la labradora se volvió con presteza.

—Ese es Manuel, que se vuelve á casa, dijo: veinte veces le he repetido que hoy no podria hacer nada en el campo, con la tierra tan mojada como está; pero se empeñó...

Apenas habia acabado la buena mujer de decir estas palabras, cuando Manuel, volviendo un recodo del camino, se presentó ante ella trayendo por delante dos magníficas mulas.

Era un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, de hermosa presencia, rostro moreno y franco, y ojos alegres.

—¿Salió lo que yo decia? exclamó su mujer con esa expresion de triunfo que tan

propia es del sexo débil cuando acierta en alguna de sus predicciones.

—¡Salió! contestó Manuel mirando á su mujer con socarrona humildad.

—¡Qué ganas de pasearte tenias! objetó la esposa riendo al mirar la facha compungida de su marido.

—Pero mujer, ¿te olvidas de que tenemos cinco bocas que nos piden pan? dijo Manuel empezando á descargar de las mulas sus aperos de labor.—Luego echó en torno suyo una mirada, y añadió:

—Pero ¡calle! ¿dónde andan los chicos?

—Mariquilla y Antonia están en la escuela: Perico y Vicente escogiendo trigo allá arriba: Pepita aquí.

—Doña Mónica, esta mujer, que Dios me ha dado, es una ardilla para el trabajo, dijo Manuel dirigiéndose á la hermana del cura: ella no está quieta un instante, mas para mí y los chicos le parece la cosa mejor la holganza: ¡vea V., poner á esos dos diablillos juntos en el sobrado!... ¡Buena hacienda harán! ¿Por qué no los has enviado á escardar el campo grande?

—¡Cómo! ¡Á ponerse perdidos de barro... á coger unos dolores con la humedad... los

hijos de mi alma! ¡Vea V., señora! y no tienen más que nueve años el uno y el otro diez.

—¡Sí, sí... pobrecitos... más altos que tú y mas gordos que yo... lo mismo que las chicas! ¿Querrá V. creer, doña Mónica, que hace un año está haciendo una calceta Mariquilla?

—¡Para el rato que está en la maestra! objetó la indulgente madre: ocho años tiene la pobre mia, y ya friega y barre la casa y cuida de la lumbre...

—¡Y azota á Pepita á su gusto! dijo Manuel. ¡Si es un toro la chica... y la otra una descaradilla relamida... y los chicos unos mandrias: y tú la más madraza que los cristianos han visto!...

—Déjala, Manuel, dijo doña Mónica: las madres no tienen dicha mayor que la de cuidar á sus hijos y quererlos, y Catalina es una madre como pocas.

—¡Pero, señora, si es él peor que yo! dijo Catalina algo enfadada: apenas entra en casa algun dinero, parece una machaca.—Mujer, cómprale unos calzones á Vicente:—mujer, cómprale chaleco á Perico:—mujer, hazte una mantilla:—mujer, ve á la ciudad

y trae unas gargantillas para Antonia y Pepilla; y siempre estamos así.

—Hijos míos, Dios os bendecirá, porque sois buenos y honrados, y porque socorreis á los pobres.

—¡Otra que bien baila! exclamó Catalina, como si las palabras de doña Mónica le recordasen otra nueva picardía de su marido: todas las noches ha de ir Manuel á ver al tío Geromo y á darle los cigarritos hechos.

—Como que está tullido y no se los puede hacer él.

—¿No tiene á sus hijos?

—Están casados y con sus ocupaciones.

—¿Acaso estás tú soltero?

—Déjale, Catalina, dijo doña Mónica: que el VISITAR Á LOS ENFERMOS es una de las obras de misericordia.

—Es verdad, señora, contestó Catalina, cuyo semblante se vistió de una tristeza repentina: es verdad que lo es, aunque poco se conoce cuando nadie va á ver á ese pobre jóven que está en su casa de V.

—Nadie sabe que está en ella, hija mía.

—Lo sabía yo, y lo había olvidado, repuso Catalina avergonzada.

—¡Cómo! ¿Tiene V. aún en su casa á aquel

pobre viajero, doña Mónica? preguntó Manuel.

—Sí, ahí está y sin esperanzas de vida; y lo más triste es que no tiene ningún recurso ni de donde venga.

—¡Ahora mismo me voy con doña Mónica! exclamó Manuel, con un arranque de su carácter generoso: quiero verle y consolarle... Además, V. debe estar sola con Micaela, pues el señor cura pasa su vida entre el palacio y el castillo... y así de alguna cosa podré servir.

—¡Yo lo creo, Manuel! ¡no sabes el favor que me harás! observó doña Mónica con gratitud: ya ves, yo sola no tengo fuerzas para contener sus arrebatos cuando delira, y Micaela es una pobre niña que se asusta.

—¿Y sabes, Manuel, que ese pobre enfermo debe ser una carga imposible de llevar para D. Fernando y doña Mónica? dijo Catalina. ¡Caramba! son más pobres que nosotros, porque todo lo han dado á los pobres, y no tendrían ahorros, y un enfermo cuesta mucho.

—¡Doña Mónica! exclamó Manuel, á cuyos ojos acudió una lágrima de enternecimiento; doña Mónica, aquí estoy yo para

todo aquello que se ofrezca; tengo dos pares de mulas, trigo y algun dinero... quien da á los necesitados da á Dios, y así, ni usted ni ese pobre señor carezcan de nada, pues yo soy muy hombre hasta para vender el ganado.

—Señora, disponga V. de nosotros, añadió Catalina, y de todo cuanto tenemos; para nuestros hijos no nos ha de faltar.

—Dios os lo dará muy abundante, dijo doña Mónica apretando entre sus manos blancas y suaves las morenas y endurecidas de Manuel y Catalina. Sí, Dios os dará algo más que pan... os hará ricos y dichosos; y yo, que ya soy vieja, lo he de ver; no en vano se ejerce la caridad de un modo tan heróico.

—¿Y no son V. y su hermano quienes nos dan el ejemplo? preguntó Catalina: figúrate, Manuel, añadió dirigiéndose á su esposo, figúrate que hace cinco dias, viniendo doña Mónica de rezar el rosario de la iglesia, se halló á la puerta de la casa de Dios á ese desdichado, que habia caido allí como muerto de fatiga; doña Mónica llamó á su hermano, y el pobre jóven fué llevado á su casa, despertando de su congoja con una fuer-

te calentura, lo cual le tiene á las puertas de la muerte.

—¿Y no tenia en el bolsillo algun dinero? preguntó Manuel.

—Una pieza de plata de diez y nueve reales y tres de á cuatro; pero lo más chocante es que, á pesar de su pobreza, llevaba en el pecho, segun me ha dicho doña Mónica, una alhaja que vale muchos miles.

—¡De veras!

—¡Vaya! Al desnudarle, se le vió metida en una bolsita de raso azul una rosa blanca formada... ¿de qué, doña Mónica? preguntó Catalina volviéndose confusa hácia la buena mujer.

—Una rosa blanca formada de perlas.

—¡Eso es! y las hojas verdes; ¿de qué son, señora?

—De esmeraldas.

—¡Pues... de esmeraldas! Y yo les digo al señor cura y á doña Mónica que por qué no venden esa alhaja para cuidar, con el dinero que den por ella, á ese pobre jóven.

—¡Librenos Dios de semejante idea! dijo con enérgico ademán la anciana; mi hermano y yo partiremos lo que tengamos con ese infeliz, y aun nos quedaremos sin comer

por él; ¡pero tocar á su alhaja ni á su dinero, jamás!

—Dice bien la señora, replicó gravemente Manuel; siempre he dicho que los beneficios pagados no eran beneficios; y así, primero que tocar á la hermosa alhaja de ese pobre señor, venderé yo mi trigo.

—Mi hermano guarda la rosa blanca, el dinero y una cartera con papeles en uno de los cajones de su cómoda: ¿quién sabe si esa flor será un recuerdo de su madre?

—Es verdad, no habia yo pensado en eso, murmuró Catalina con voz conmovida; ¡pobrecito! Doña Mónica, aquí estamos Manuel y yo, y hasta los chicos, para todo aquello que se le ofrezca.

—¡Gracias, hija mia! Manuel, cuando quieras, vamos, que tengo mucha pena de pensar en que el enfermo está solo con Micaela.

—Vamos, pues, señora: Catalina, volveré á comer.

Diciendo estas palabras, Manuel echó á andar siguiendo á doña Mónica, que ya se habia despedido de Catalina.

VIII.

Pequeña y por demás humilde era la casa habitada por D. Fernando el párroco, su hermana doña Mónica, viuda hacia muchos años, y Micaela, criadita de diez y seis, que componia toda la servidumbre de ambos hermanos.

Eran estos, como ya hemos tenido ocasion de conocer, compasivos, de dulce y bondadosa condicion.

D. Fernando amaba mucho á su hermana, y esta, que habia perdido á su esposo y tres hijos, se habia apegado á aquel hermano como á su único consuelo y compañía.

Doña Mónica no habia salido jamás de San Simon: allí habia nacido de padres pobres, pero honrados: allí se habia casado

y envejecido; y en el reducido cementerio de la aldea reposaban sus padres, su esposo y sus hijos.

D. Fernando fué á seguir su carrera á Madrid de la manera que la siguen tantos otros pobres jóvenes; esto es, sirviendo solo por la manutencion, y estudiando las horas que le dejaba libre su servicio.

Su buena suerte le llevó á casa del duque, que al ver su conducta ejemplar, su bello carácter y su talento natural, le eximió de toda obligacion, le señaló una habitacion retirada, y le trató con una bondad enteramente paternal.

Poco despues de haberse ordenado don Fernando, quedó vacante la parroquia de San Simon, por muerte de su pastor, y el duque la consiguió sin dificultad para su protegido.

D. Fernando llamó á su lado al instante á su buena hermana: era doña Mónica una excelente criatura, llena de candor y de bondad, pero tímida y apocada: algunas veces no practicaba el bien, no por no saber, sino por no atreverse: dotada de una excesiva delicadeza, creia que dando un pedazo de pan á un pobre, perjudicaba los in-

tereses de aquel excelente hermano, bajo cuyo amparo vivia; y hubo ocasiones en que ella misma carecia de alguna prenda de vestir en extremo necesaria, y no queria mostrar esta falta al buen párroco.

Este, por su parte, daba á los necesitados cuanto tenia; cuando su hermana le dijo casi con temor que habia recogido á aquel desgraciado jóven á la puerta de la iglesia privado de conocimiento, D. Fernando estrechó con cariño la mano de su hermana y aplaudió con alegría su caridad.

Pero ¡ay! los escasos recursos de los dos hermanos se habian casi agotado en aquellos cinco dias.

Sabido es que en los pueblos pequeños, el médico, el boticario, si lo hay, y el cura, son pagados en artículos de primera necesidad que los labradores cogen en sus tierras: el oro, ese vil metal causa de tantos crímenes y desórdenes, apenas corre en las aldeas, y gracias á esto, sin duda, se conserva en ellas tal pureza de costumbres.

D. Fernando y doña Mónica tenian, pues, en su casa algunas legumbres, huevos, leña, tocino, vino y aceite; pero no tenian un ochavo. Micaela, su jóven sirvienta, ha-

bia sido ajustada por dos vestidos y cuatro pares de zapatos al año; y aquellos tres seres tan buenos, tan cariñosos, tan inocentes, no habian calculado, al abrir su casa y sus corazones al desdichado jóven que sufría bajo su techo, que un enfermo necesita, además de medicinas, otros mil objetos muy caros.

De todo esto venia enterando doña Mónica al honrado Manuel, en el corto trecho que separaba la casa del labrador de la del párroco.

Ya os he dicho, lectores míos, que era esta pequeña y muy humilde.

Un patio muy angosto conducia á la cocina, reducida, pero alegre por la brillante limpieza y el prolijo esmero de Micaela.

En la cocina estaba la puerta del corral, que tampoco era grande, y en el cual se criaban algunas gallinas, un cerdo y hasta media docena de conejos.

Frente de la puerta del corral, se veía la de un cuartito que servía de despensa.

Volviendo al patio y tomando una miserable escalera incrustada en la terrosa pared, y sin pasamanos por esta razón, se llegaba á una meseta bastante grande, iluminada

por una ventana que daba al campo, y allí se veían dos puertas.

La una conducía al cuarto de D. Fernando, que era el mejor de la casa.

Su mueblaje consistía en una mesa de escritorio, vieja ya: en otra mesa, sobre la cual lucían un hermoso crucifijo bajo un dosel de terciopelo negro y sus libros de rezo: en un armario lleno de volúmenes devotos, y en algunas sillas de pino pintadas de oscuro.

Junto á la ventana, en cuyo antepecho habia algunas macetas, se veía una gran poltrona de cuero oscuro, y en la alcoba lucía una cama mullida con esmero, cuyas ropas desafiaban á la nieve en blancura, y cuyo cobertor, de percal oscuro, era igual á las cortinas que adornaban la entrada.

Las macetas de la ventana merecían cualquier castigo por embusteras; su frondosidad y lozanía hacían pensar que ya era llegado el riente y fastuoso Abril, en tanto que las escarchas que cubrían los tejados protestaban contra su vistosa exhuberancia y su pomposo verdor.

Mas ¡ay! que en esta ocasión, como en otras mil de la vida, la mentira lisonjera y

artificiosa cautivaba más que la helada verdad. Si hubiérais entrado allí, lectores míos, de fijo no hubiérais mirado los tejados por mirar las macetas.

Eran cinco, todas de barro fresco, colorado y reluciente: ¿no habeis reparado que hay macetas de un hermoso color, y que hay otras cuya vista entristece? ¿No? Pues mirad, yo sí: tengo un carácter observador, lo cual dicen que es efecto de una gran sensibilidad y que me perjudica para ser feliz; mas no importa: más quiero fijarme en esas pequeñeces y sacar consecuencias de cosas en que nadie repara, que mezclarme en otros cuidados ni confundirme en el tropel de la vida.

Yo he reparado en que hay macetas muy hermosas, coloradas y alegres como jovencitas de doce á quince años, es decir, de vuestra edad; y que hay otras amarillentas, oscuras y terrosas como viejas regañonas.

De la clase de las primeras eran las cinco que ocupaban la ventana del señor cura, porque como él era bueno, dulce y sensible, amaba todo lo hermoso, lo alegre y lo amable.

Contenia la primera una mata de maravillas que en la primavera se cubria de flores blancas como copitos de nieve; y aunque ahora no tenia puesto su vestido de gala, llevaba el diario de color verde, con esa magestad apacible y modesta de la limpieza y la virtud, y estaba hecho con tan elegante abundancia que parecia, más que mezquina pobreza, gracioso decoro el no variar de vestido.

En la segunda lucia un pequeño bosque de siemprevivas, amarillas como pequeños canarios, y encarnadas como crestitas de gallo recién nacido.

Nada hallo yo más lindo y al mismo tiempo más triste; que esa flor que simboliza el amor á los muertos; es decir, el amor del alma; pero santo, limpio de las miserias de la tierra.

La tercera sostenia un rosal, tan bonito, tan copudo, tan lustroso, que podia adivinarse de antemano habia de dar muchas y preciosas rosas.

Cada rama se extendia con una gracia infinita, describiendo una curva airosa y exuberante de jugo y de frescura.

Aquella maceta era la favorita de D. Fer-

nando y de doña Mónica: el rosalito era oriundo de ella, pero nieto de uno que años atrás plantara la madre del párroco en el jardinillo de la casa.

Era tanto lo que el virtuoso sacerdote veneraba á su madre y tanto lo que la quería, que despues que la buena mujer pasó á una vida mejor, su hijo sacó el rosal del huerto y le colocó en aquella casita de fresco barro, llena de tierra selecta.

Cuando murió el rosal primitivo, ya habia dado la vida á muchos retoños, que crecieron como muchos hijos ingratos, á expensas del bienestar de su madre.

El actual nieto adelantó en robustez al anterior, y quedó por dueño absoluto de su mansion.

Su dominio era, sin embargo, grato y llevadero, porque, al ménos en la apariencia, no era despótico: inclinábase la coqueta planta hácia fuera para besar amorosamente el barro de la maceta, y esta, cautivada por el cariño, no se quejaba de su peso.

Imitaba en esto el rosal á las mujeres de talento.

No es el imperio el camino que debe seguir nuestro sexo, mis jóvenes lectoras; la

mujer solo debe conquistar con la dulzura y la persuasion, acariciando lo mismo que domina.

La otra maceta, que ocupaba la derecha del rosal, era un frondoso romero, digno por su ancianidad de semejante distincion.

¡Vaya una planta de mérito! me podreis decir: ¡un romero! Pero habeis de saber que aquel romero habia sido bendecido por el señor arzobispo dos años antes, á su paso por San Simon, cuando iba á hacer en su diócesis una visita pastoral; y le habia echado su bendicion para recompensar á don Fernando los muchos beneficios que habia hecho con aquella hermosa planta.

Guardóla en su casa el buen párroco, porque cuando ocurría que se heria alguno y era menester cocer para curarle romero con vino y aceite, le tenían así mucho más pronto que yendo al monte á buscarle; y eran tantas las heridas que habia curado, que bien se habia ganado la bendicion episcopal.

Aquel romero mostraba además cada viernes del año y á eso de las tres de la tarde, hora en que murió nuestro Re-

dentor Jesus, dos ó tres florecitas amarillas (1).

La quinta y última maceta ostentaba un geranio-malva, planta delicada, tan modesta que jamás se eleva; tan aromada como la rosa, tan suave y humilde como la malva, cuyo nombre lleva. En Aragon le dan otro nombre más adecuado á sus principales cualidades, que son la belleza y la dulzura: se le llama *malva-rosa*.

Inútil es decir que las circo macetas eran conducidas cada anochecer por los robustos brazos de Micaela, desde la ventana al interior de la estancia, y que crecían al calor benéfico del sol, que las bañaba de día, y al amparo de la religión.

Dentro del cuarto del señor cura había otro más pequeño que contenía el ropero, donde se guardaban sus hábitos talaes, una enorme arca de encina para la ropa blanca y otra mesita cargada de papeles manuscritos, y sobre la cual había una ala-

(1) Fernan Caballero dice, en su novela *LÁGRIMAS*, que el pueblo andaluz cree que el romero florece todos los viernes del año: yo afirmo que el pueblo aragonés *le ha visto* florecer.

cena antigua llena de papeles pertenecientes á la parroquia.

En un lado de aquella reducida estancia era donde se había colocado un catre de tijera con un colchon, sábanas limpias, un cobertor y dos almohadas para el desgraciado enfermo.

En la alacena del señor cura reposaban la cartera con sus papeles y la preciosa rosa de perlas y esmeraldas, y en el ropero el traje de montañés que vestía Máximo el día que se dirigió á San Simon.

Frente de la habitacion de D. Fernando, al otro lado de la mesita, había otra casi igual: la primera sala la ocupaba doña Mónica, y el cuartito Micaela, de la cual cuidaba la buena señora como de su propia hija.

La habitacion de doña Mónica estaba adornada poco más ó menos como la de su hermano: en vez de la mesa de escritorio, que era el principal adorno de aquella, se veía en esta una gran cómoda de nogal antiguo; y en vez del crucifijo, una hermosa imagen de la Virgen de los Dolores.

En la ventana, y colgadas sus jaulas en las paredes de los lados, gorjeaban un ca-

nario y una cardelina de variados y vivos matices y diminutos cuerpos; y en el antepecho habia colocado doña Mónica, para que se alegrasen, un cajon de madera plantado de lechuguino y cebada verde, del cual las avecillas comian con gran placer algunas matas cada mañana.

El cuarto de Micaela tenia una cama, un arca de madera blanca, una silla y una mesita, sobre la cual habia colgado un espejo de un palmo en cuadro: en la ventana, y en un puchero roto, habia plantado una albahaca tan grande y cuellisacada, que parecia mirar de alto á bajo al receptáculo que le daba habitacion.

IX.

—Ven, Manuel, dijo doña Mónica, que trataba al honrado labrador con esa paternal confianza que en las aldeas usan los ancianos con los jóvenes, y que estos agradecen como una muestra de cariño; ven á ver al pobrecito enfermo.

—Vamos allá, señora, contestó Manuel, quien desde que habia puesto el pié en el umbral de la casa del párroco, llevaba su viejo sombrero en la mano.

Ambos entraron en el cuarto de D. Fernando, en el cual se hallaba Micaela desde que su señora habia salido, por si el enfermo queria alguna cosa.

—¿Ha llamado? preguntó la anciana en voz queda.

—No, señora, contestó Micaela, que era una morenita algo feilla, pero llena de donaire y con una cintura como un junco.

—¿Te has asomado á la puerta?

—Dos veces; pero me parece que duerme, señora, porque no se mueve.

—Bien; vete, y cuando venga el señor D. Venancio ó mi hermano, avísame.

Micaela se fué; y doña Mónica, seguida de Manuel, entró en el cuartito del enfermo.

La cara de este estaba lívida; sus ojos, rodeados de un ancho círculo violado, se cerraban con pesadez; sus labios estaban secos y pálidos, y sus cabellos se erizaban sobre sus sienas, bien por efecto de las terribles visiones de su delirio, ó ya por esa horrible contraccion nerviosa que destroza la cabeza en algunas enfermedades.

Más que una naturaleza doliente, parecía la de Máximo una naturaleza destrozada.

El corazón de aquel pobre jóven no dormía, como sucede cuando el cuerpo padece mucho. ¡No! su corazón vélaba, sufría, y á través de su inamovilidad, daba gritos desgarradores y se estremecía con agonía entre terribles convulsiones.

Aquello no era una de esas enfermedades provocadas por los humores del cuerpo débil y achacoso; era una fiebre del alma que postraba á la materia; era una desgracia horrible que rompía todos los hilos de la vida.

Inerte, lívido, desplomado... Máximo era una masa inmóvil, descompuesta al choque del infortunio.

Manuel se acercó al lecho y tocó su frente; pero hubo de retirar la mano al instante, porque, á pesar de su callosa piel, se le abrasó como si la hubiera puesto sobre un hierro candente.

—¡Dios del cielo! exclamó mirando asustado á doña Mónica; señora, ¡esto espanta!

—Dios mio... ¡qué hacer! dijo doña Mónica con angustia.

—¡Vamos á ver abrirse esta criatura como una granada y echar llamas! continuó Manuel con enérgica compasion.

En aquel momento Micaela se acercó á la puerta y llamó á su ama.

—¿Ha venido D. Venancio? preguntó con ansia doña Mónica.

—Sí, señora, dijo Micaela; ahí llega con la Golondrina.

—Dile que suba al momento... ¡por el amor de Dios!

Es menester advertir que en San Simón no había médico, y que asistía á su reducido vecindario uno de Toledo, á quien se avisaba cuando había necesidad; pero D. Venancio, que era muy amigo del párroco, le asistía á él y á los suyos sin estipendio alguno.

Cuando Micaela bajaba á suplicarle que subiese, entraba él en el patio, y siguió á la muchacha al cuarto del enfermo.

Acercóse á este, tomó su diestra helada y tocó sus sienes, que latían como si la sangre se desbordase en ellas.

—Señora, dijo despues en voz baja á doña Mónica; la muerte se cierne ya sobre la cabeza de este infeliz: no obstante, voy á hacer cuanto pueda para salvarle: por lo pronto hay que aplicarle á los piés dos botellas de agua caliente.

Manuel siguió á Micaela á la cocina, y un cuarto de hora despues entró con las dos botellas en la mano.

Levantó, con ese exquisito cuidado que solo es hijo de la caridad, las ropas del lecho, y aplicó á los piés del enfermo, yertos de frio, los revulsivos.

—Ahora, dijo D. Venancio sentándose á la cabecera de la cama, hay que preparar, para dentro de dos horas, un baño templado de yerbas aromáticas.

—¡Dios mio... no hay baño en casa! murmuró angustiada doña Mónica.

—Señora, en Toledo, y en casa de Marcial el estañero, los alquilan hermosos por veinte reales, dijo Micaela.

—¡Pero si no tenemos un ochavo! repuso la pobre señora, cada vez más angustiada, y saliendo de la alcoba porque le daba vergüenza mostrar sus apuros delante del médico.

—¡Es verdad! repuso Micaela: hemos gastado cuanto había en las primeras medicinas que D. Venancio mandó dar al enfermo. ¡Ah, señora! añadió la muchacha: vea V. si tengo yo razon cuando digo que el señor hace mal en repartir á los pobres todo cuanto tiene; luego llega un pobre, que merece más que los otros, y no se le puede socorrer.

—Chica, deja á tu amo, que es un santo y sabrá lo que se hace, dijo Manuel: ea, añadió, no hay que apurarse: yo tengo un triguillo de flor que ambiciona mucho para la

siembra el tío Pajalarga: voy ahora mismo á vendérselo, y ya me dará lo menos veinte duros para los gastos de la enfermedad.

—Manuel, yo no puedo permitir que te perjudiques así; exclamó doña Mónica tomando la mano del honrado labrador: cuando tú no lo habías vendido ya, es que te convendría guardarlo.

—¿Y cuándo podré emplear mejor lo que me den por el trigo, señora? El señor cura dice que quien da á los pobres da á Dios. Conque hasta dentro de una hora: al instante vendrá Catalina con un talego lleno de las yerbas de olor, que en el sobrado tenemos muchas secas, que guardamos por si se ofrecen casos como este.

Manuel salió, dichas estas palabras, y se dirigió á paso largo á su casa.

—Mujer, dijo á Catalina, ve al momento á casa del señor cura para que ayudes á doña Mónica y á la chica: ese pobre jóven está muriéndose.

—Voy al instante, dijo Catalina.

—Diles á esos mandrias de hijos que llenen un saquillo de las yerbas del sobrado, y llévalo tú allí, poniéndolas á cocer al instante para darle un baño.

—Se hará como mandas.

—Mira, Catalina, prosiguió Manuel algo cortado, porque temia que su mujer no aprobase la venta del trigo: Catalina, en casa del señor cura no hay un cuarto.

—Eso no es nuevo: todo lo da á los pobres...

—¿Y sabes lo que he pensado? Vender á Pajalarga ese poco de trigo de flor que tenemos, y lo que den por él entregarlo á doña Mónica para que cuide al enfermo.

—Pero hombre, ¿no lo guardábamos para pagar el arriendo al señor duque?

—Sí... ¿mas hemos de consentir que ese infeliz se muera por no tener un cuarto para pagar las medicinas, ni el señor cura para dárselas? Por supuesto que, segun dice D. Venancio, se muere sin remedio, añadió Manuel con íntima conviccion.

—Entonces, ¿de qué te sirve que tú te quedes por puertas?

—¿Por puertas? Antes de quedar así, aún podríamos vender tambien un par de mulas si el dinero hiciese falta.

—¡Santo Dios! ¡vender las mulas! exclamó asustada Catalina. Anda, añadió, anda, vende el trigo y con eso se te irán de la cabeza esos malos pensamientos.

—Bueno, mujer, no te asustes: el que da á los pobres da á Dios, como dice el señor cura; pero vete al instante á casa de doña Mónica, y haz lo que puedas para descansarla, pues aunque hay una obra de misericordia que encarga VISITAR Á LOS ENFERMOS, no se ha de entender solo así, sino *visitar, ayudar y servir* á los enfermos, y más á los enfermos desamparados.

Dichas estas palabras, salió Manuel á buscar á Pajalarga y le vendió su trigo, recibiendo por él 500 rs., suma mayor de la que esperaba cobrar el buen hombre.

En seguida volvió á su casa, montó en la mejor de sus mulas, cogió otra del diestro para atar sobre ella el bañó, y tomó al trote la carretera de Toledo, á cuya ciudad llegó antes de media hora.

Pagó el alquiler de un hermoso baño durante ocho días á Marcial el estañero, y se volvió tan contento como lo está el que acaba de hacer una buena acción.

Media hora más tarde, estaba el enfermo tomando aquel baño consolador que calmaba la fiebre encendida en sus venas consumiendo su ser como una inmensa hoguera.

—Sr. D. Venancio, dijo doña Mónica al mé-

dico así que Máximo volvió á quedar acostado; ¿no se vuelve V. al lado del señor duque?

—Señora, respondió el anciano con voz ahogada, en tanto que una lágrima rodaba por su mejilla: el duque se encuentra en un estado que ya no me necesita á mí, y solamente le hace falta su hermano de V.

—¿Tan malo está?

—Va á dejar este mundo, ó quizá no se halle ya en él.

—¡Oh, Dios mio!... ¿qué va á ser ahora de esas desgraciadas criaturas que amparaba?

D. Venancio nada respondió: levantóse, pulsó con sumo cuidado al enfermo, y dijo:

—La fiebre ha bajado algun tanto; voy al castillo, y volveré á las nueve de la noche. Adios, señora.

—Él vaya con V., mi querido Sr. D. Venancio, y quiera el cielo que halle aliviado al señor duque.

—¡Eso es imposible! repuso el médico moviendo lentamente su severa cabeza.—Y ya en la calle, añadió:

—¡Sí, es imposible!... Mi amigo, mi bienhechor, va á volar al seno de Dios.